

mecánica, desespiritualizada, sin alma. A Dios gracias se pueden infringir los reglamentos; ¿dónde estaríamos si se hubieran cumplido! Asusta pensarlo». <sup>11</sup> Y Carande siempre pensó, dijo y escribió que el verdadero problema era el de la cultura generalizada, el de la enseñanza para todos; de ahí su admiración por el maestro de escuela, en consonancia con la preocupación de Giner por la formación del maestro de escuela como una de las funciones específicas de la universidad.

El amor, más aún, la entrega a esta universidad real, corren parejas con el rechazo de la que, parafraseando a Ortega, podríamos llamar la universidad oficial, de la enseñanza oficializada, de la burocratización, el examen, el libro de texto. Refiriéndose a Soltura, el más celebrado de los raros de don Ramón, elevado a la categoría de maestro al lado de Giner, Flores de Lemus y Castillejo, dice, en texto publicado por primera vez en 1978: «Persona bien enterada, pero muy distante de la juventud de José María, sospecha que su tío hizo dos carreras universitarias: derecho y medicina, y que fue cadete de una academia militar. No tengo pruebas de semejante proeza, y casi me alegro. Tres carreras son capaces de destrozarse a los mejor dotados. Imagino que el niño José María pudo estudiar en alguna escuela o colegio extranjero, y mientras no quede certificada otra cosa, le veo exento de exámenes, grados, títulos, recomendaciones, concursos, oposiciones, etc., a diferencia de quienes hicimos carrera en las aulas, entre mercedes y tropiezos, para llegar a ser licenciados, doctores y afanosos coleccionistas de títulos académicos. No desmerece Soltura, a mis ojos, sin el grado de bachiller siquiera». <sup>12</sup>

En la vida académica activa de don Ramón Carande hay dos períodos claramente diferenciados, y no sólo en el tiempo: el de 1918-1932, y el de 1945-1957. Muchas cosas habían pasado entre ambos, en España y también, como hemos visto al principio, en su vida. El primer período es de mayor dedicación a la enseñanza que a la investigación, aunque en él ve la luz el excelente estudio de *Sevilla, fortaleza y mercado*; el segundo, más a la segunda que a la primera. Pero hay algo más; estas expresiones son frías y describen una realidad sin entrar en el meollo de la misma.

De la investigación queda rastro de autor reconocible, si se publica lo investigado. De la enseñanza, no tanto, aunque sus frutos sean abundantes. El testimonio de los alumnos o colegas es lo que nos puede servir. Pero, para la primera época, no quedan, prácticamente, ni unos ni otros. Quienes fueron alumnos de Carande en los últimos años de la primera época deberían andar ahora, como mínimo, por los ochenta años. Alguna noticia de alumnos de esa época tuve a mi llegada a Sevilla, en 1961; pero poca cosa. De no contar con algún cronista como don Ramón lo fue de sus maestros, la memoria de la enseñanza se pierde pronto. Sin embargo, don Ramón ha hablado de esos años, y de los posteriores, se puede decir que en todos sus escritos que no son de historia económica, y sobre todo en su discurso, varias veces citado, en la Universidad Complutense en 1977. <sup>13</sup>

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 61.

<sup>12</sup> Galería de raros, pp. 219-220.

<sup>13</sup> Ramón Carande: Una escolaridad con vacaciones y cuatro maestros. *Sevilla*, 1977. La primera parte es el discurso pronunciado en la investidura como doctor honoris causa por la Universidad Complutense de Madrid, el 28 de enero de 1977.

Cuando don Ramón llega a Sevilla, en 1918, le acucia el afán renovador que Giner cultivara en sus alumnos y que don Ramón había hecho suyo de manera responsable. Carande no era entonces un hombre «refugiado» en la investigación, como luego llegó a ser, aunque, como ya he dicho, algún fruto produjera, más que notable. Carande se dedica a esa reforma de la universidad en el sentido de Giner, esa reforma sin cambios legales que le absorberá muchas horas. Es una persona aislada de lo que es la vida de la ciudad, poco relacionada con universitarios u hombres de cultura. Él mismo lo ha contado con precisión envidiable.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> En 1939, acabada la guerra, decide volver a Sevilla: «Mi nostalgia de Sevilla se avivaba recordando mis primeros pasos en archivos de la ciudad: el municipal, el del cabildo catedralicio y una especie de almacén de protocolos notariales, pues apilados estaban los legajos, en la iglesia desafectada de San Laureano, hasta que pasaron a su actual instalación en el archivo del colegio notarial de Sevilla y, por cierto, contribuí a la iniciativa del traslado con una moción tomada en cuenta por el entonces (1924 ó 25) director general de registros y del notariado. Aún con mayor intensidad me atraía, desde lejos, la presencia diaria en las aulas, durante una hora, de tres, cuatro o cinco docenas de muchachos; nunca serían más, los matriculados entonces (1918-1931) cada año, en la facultad de derecho. Había disfrutado esta compañía continuamente, sin privarme de asistir ni un día a clase, porque en clase apreciaba el privilegio de nuestra profesión: vernos rodeados de quienes, mientras corren los años, conservan la misma edad, y a nosotros nos toca ser pilotos y testigos de sus afanes. Consciente de limitaciones propias y ajenas, creo haber puesto, con amor, cuanto pude para que, bien encaminados, realizáramos las averiguaciones propuestas, y las que su experiencia les despertara, con espíritu crítico, procurando librarles de la rutina. Ellos me dieron pruebas de efecto y de confianza; muchas durante el año de mi rectorado, en el penúltimo gobierno del reinado de Alfonso XIII».

«Recordaba, durante mis vacaciones forzosas, a colegas de la facultad de derecho, asiduos colaboradores. Tenía presentes nuestras afinidades y discrepancias, en temas didácticos, exentos de dogmatismo, y nuestro deseo común de ofrecer a los alumnos cuanto sirviese para su formación. Acostumbráramos ampliar la hora diaria, preceptiva, con dos de clase por semana, analizando casos de negocios jurídicos, o problemas del presente y del pasado en la realidad española local, regional y nacional y, más que otra cosa, teníamos sesiones de lectura y comentábamos trozos de obras clásicas, o de reconocida autoridad, manejando la versión original, y las traducciones disponibles, y practicando, así, alguna lengua extranjera. Recordaba también que, por no estar provista de libros y revistas modernas la biblioteca de la facultad, llevábamos a menudo a clase los libros que hacían falta y teníamos en casa, que no eran pocos.»

«En aquellos años (1918-1931) del segundo al tercer decenio del siglo, se había elevado considerablemente el nivel docente, y en Sevilla se hacía notar, aunque fuesen mínimas las aportaciones de la universidad a los problemas de la ciudad, más allá de las aulas, y no tomaran mayor parte, bien se comprende, un corto número de profesores recién llegados. Los sevillanos ocupados en el comercio o en la industria, y los funcionarios civiles y militares, en su inmensa mayoría, poco interés ponían en el fomento de la educación y de la enseñanza; tampoco la clase más alta en cuyos palacios fueron sus señores, patronos, antaño ilustrados y dadivosos en las artes y en las letras. De todos ellos, los menos enterados de la preparación y de la vocación del personal docente, no creo que propendieran a enterarse mejor.»

«A los catedráticos, de quienes estoy hablando, fácil nos sería comprobar, sin recurrir a los salones de círculos de recreo y de cultura, que no era allí nuestra presencia la más apetecida. Para convencernos bastaría escuchar comentarios dedicados a nuestra manera de enjuiciar problemas políticos candentes y, en especial, el de la guerra de Marruecos, endémica en los años veinte, estragadora de vidas y hacienda, y determinante de situaciones funestas. No teníamos por qué ocultar nuestra disconformidad con la persistencia de aquellas contiendas, y queríamos que cesaran; pero sirvieron de inspiración nuestra palabras, a sujetos ingeniosos, para llamarnos "los de la barka", esto es, "una partida de rebeldes marroquíes", según el diccionario.»

«Contribuiría, desde los primeros años, a fructificar mis ocios, con deleite, la frecuentación de mis copartícipes en las tareas docentes. De éstos estaban ya en Sevilla, a mi llegada, Pedro Salinas, Demófilo de Buen y Pedro Castro; poco tiempo después llegaría José Ramón Xirau, mi compañero de noviciado universitario en Murcia, y en Sevilla encontré, también, a Antonio Cortés, Emilio Muñoz Rivero y Estanislao del Campo y, tras ellos, fueron llegando, en fechas no muy distanciadas, José María Ots, Enrique Martí Jara, Aurelio Viñas y, con posterioridad, Blas Ramos Sobrino, Manuel M. Pedroso, Juan de Mata Carriazo y Francisco Candil, condiscípulo mío predilecto en la universidad central.»

«En mis tareas universitarias me alentaron con su ejemplo los mejores colegas. Manteníamos relaciones solidarias, y de su actuación podría dar pruebas.»

«En el desarrollo de mis lecciones, siempre a prueba de tanteos y enmiendas, procuré atenerme a lo que me enseñaba el trato cotidiano con los alumnos. Su curiosidad, que me revelaban sus preguntas, me esti-

Esta etapa culmina con el rectorado de Carande. El ministro del ramo, otro ilustre profesor, don Elías Tormo, en el penúltimo gobierno de la Monarquía, le nombró Rector después de comprobar que en su nombre coincidían la mayor parte de los catedráticos de la Universidad. Lo fue hasta muy poco antes del advenimiento de la República.

Esta imagen de Carande profesor no es la que coincide con la que, por regla general, transmiten sus alumnos de la última época, (1945-1957). Más bien tienen conciencia de un profesor que cumplía fielmente su obligación, pero como una pesada carga que le hacía sufrir. Son muchos los alumnos de esa época que quedaron tocados por la fuerza, la personalidad, la agudeza y la libertad de expresión utilizada por Carande en un período en que ésta no era la norma (aunque en la Facultad de Derecho de Sevilla, en esta época, no era Carande un caso aislado y ni siquiera el más significativo en este sentido). Pero Carande ya no se sentía capaz, dadas las circunstancias, de «reformular» una universidad que por muchos conceptos le resultaba extraña.

Al regresar a la ciudad, no recuerdo en qué mes (creo que de los primeros de 1940), no me faltaron ocasiones para medir la cuantía de las bajas, por muertes o exilio, que trajeron consigo la guerra y la posguerra, en todas las ramas del árbol docente. Cuando llegó, por fin, el día de mi reposición, quedaban en la universidad únicamente tres de mis viejos amigos y colegas (sancionados, dos de ellos). De los que me recibieron, en la facultad, no tengo especiales motivos de queja. No olvidaré las atenciones de algunos compañeros durante mi ausencia.

El número de alumnos fue creciendo cada año, a partir de 1950, de tal manera que resultaba imposible diferenciar la capacidad y la preparación de cada uno, y ajustar la enseñanza a su medida. Me costaba esfuerzos, inválidos, acomodarme al nuevo estado de cosas. Concurrían circunstancias que malograban mis intentos. Me asaltaban sensaciones de humillación y de fracaso. Tengo que atribuir la mengua de mi rendimiento, en la cátedra, al ambiente que me rodeaba y, también, a que, durante el último período de mi profesorado, dedicaba menor tiempo a la preparación de las lecciones, cuando, simultáneamente, avanzaba sin tropiezos la redacción de páginas del segundo tomo de *Carlos V y sus banqueros*. Era ésta, para mí, tarea predilecta; dependía exclusivamente de mis fuerzas, y no ocurría lo mismo con las obligaciones de la cátedra, que deseaba transferir a quien las asumiera con desembarazo, y con mayor vocación, y siendo así no engañé a nadie al declararme jubilado jubiloso, y con gozo conseguí, en los diez años inmediatos posteriores, terminar la obra, en 1967.<sup>15</sup>

Cómo cambia el tono. Carande fue siempre un hombre pudoroso en la expresión de sus estados de ánimo. Esa confesión de «sensación de humillación y de fracaso» en la tarea docente, hecha a los 90 años, 20 después de su jubilación, es lo más patético que ha salido de su pluma. Siempre fue un universitario, pero, en su segunda «entrada universitaria», Carande ya no era el mismo. Estaba lleno de capacidad y vigor, lleno de fortaleza, y así lo demostró. Don Ramón volvió a la universidad, pero no como un protagonista reformador, sino como un profesor más que digno que empeñó su voluntad, inteligencia y tiempo en una tarea, universitaria desde luego, pero desarrollada totalmente fuera de la universidad, que requería una menor, o ninguna, actuación de

*mulaba y contribuyó a la intensificación de mis tareas, y de mi vocación. Ella me ha servido para reconocer mis defectos, y pretender superarlos.»*

*«En la lucha por librarme de otro defecto, reconozco, sin hipocresía, no haber logrado que mis horas de clase fuesen dialogadas. Dije, antes, que me estimulaban mis colegas, y así fue; entre ellos Blas Ramos (otro de mis raros) que dominaba el arte coloquial de la mayéutica.»* (Una escolaridad con vacaciones, op. cit., pp. 16-21).

<sup>15</sup> Una escolaridad con vacaciones, op. cit., p. 23.

tipo colectivo corporativo: la investigación. Así sucedió por fortuna para la investigación histórica española. Pero no sólo fue un admirable ejemplo de energía y lucha contra el tiempo, lucha por estar vivo. Tuvo un contrapunto amargo: fueron «esas sensaciones de humillación y de fracaso» en la docencia.

¿Qué había sucedido? Como acabo de decir, muchas cosas, entre otras, la guerra civil; para Carande fue una experiencia abrumadora. La guerra civil, la suciedad política consiguiente, la lucha por mantenerse en medio de la desaparición y la persecución de lo que para él más había supuesto, muy especialmente el mundo de la Institución, despedazado entre el exilio, la muerte y el silencio, y la misma cruel burla de un concurso en el que era el único aspirante y que tardó seis años en resolverse; el ambiente opresivo de lo que en él eran valores primordiales, todo esto le encaminó, de algún modo, a elegir el camino de refugiarse en la única actividad en la que nadie podía enturbiar su labor: investigar en los archivos y descubrir la historia.<sup>16</sup>

Vuelvo al principio. Cuando llegué a Sevilla, y visité a don Ramón, noté su tenso distanciamiento de la universidad oficial. Tardé algún tiempo en comprender; pero comprendí. Aprendí una lección práctica de deshumanización de una institución, lo que era, y es, algo mucho más hondo que la crueldad alegre de algunos sujetos faltos de delicadeza y sobrados de abuso de poder y de edad.

Carande fue, de este modo, dentro y fuera de ella, en entrega a la tarea docente o a la investigadora, en discrepancia con la universidad o al frente de su gobierno, en su sentimiento de fracaso y en sus satisfacciones como profesor o como investigador, en el sustrato y contextura de su vida toda, un hombre de la universidad al que sólo su extraordinaria longevidad y fuerza, su singularidad irrepetible, y, por qué no decirlo, el cambio de situación política, le permitieron obtener, de alguna manera, alguna tardía reparación de unas desatenciones o despegos que, desde luego, no fue el único en sufrir, ni será el último, aunque otros no tuvieran esa singularidad para saber vivir, en la plenitud del sentido, al margen, no de la universidad, pero sí del recinto universitario.

Don Ramón nunca perdió la esperanza; pero la fe en el futuro mejor tenía algo de voluntad de vivir contra viento y marea. Estaba seguro de que las cosas podían mejorar y encontraba indicios de ello, pero no sabía cómo.

Decía en 1977: «Con frecuencia, en horas de la tarde, me gusta salir en busca de jóvenes amigos universitarios, profesores y estudiantes. Su compañía me reconforta. Conversando imagino que compartimos idénticos afanes. Volviendo la vista al pasado, retrocedo tanto, que me acerco a los días de mi mocedad, y, comparando con lo que entonces yo hacía, lo que hacen ahora estos jóvenes, no puedo sentirme orgulloso, ni lo lamento».<sup>17</sup>

Pero, en medio de esas prendas de esperanza, la realidad le traicionaba, apuntando a una evidencia más bien sombría. Continúa diciendo: «Soy de los que todo lo esperan

<sup>16</sup> *Tampoco fue en esto el único. Profesor hubo en esta Facultad que, sumido en el ostracismo político como consecuencia de la guerra y la posguerra, hizo una obra tan admirable como apasionada de investigación histórica: me refiero a Jiménez Fernández y Bartolomé de las Casas.*

<sup>17</sup> Una escolaridad con vacaciones, op. cit. p. 24.

del maestro y de la escuela; creo que la educación y la instrucción son una sola cosa, en grados sucesivos, y con continuidad. Atribuyo lo mucho conseguido en los centros de enseñanza, durante los comienzos de este siglo, y hasta 1936, a la ingente labor realizada por los promotores del museo pedagógico, de la junta de ampliación de estudios, el centro de estudios históricos, la residencia de estudiantes, el instituto escuela, etc.»

Y después de dejar destruido lo que ellos hicieron, ahora, reconociendo la calidad de lo que perdimos, tendremos que volver a empezar.<sup>18</sup>

¿Cabe algo más patético que confesar, a los noventa años, que todo lo que ellos hicieron en la universidad y en el mundo de la enseñanza había sido destruido y que hay que volver a empezar? Aunque se disienta de la exactitud del juicio, ¿cabe algo más admirable y a la vez más conmovedor que esa fe, afirmada en una experiencia negativa del resultado del trabajo de casi un siglo?

**Jaime García Añoveros\***

<sup>18</sup> Una escolaridad con vacaciones, op. cit. p. 24-25.

\* Sevilla, febrero de 1987.